

SE ME CAYÓ UN ÍDOLO.

Por: Carolina Palizada.

Recuerdo que un día, en una clase que impartí, les exponía a mis alumnos que para mí la arquitectura debería responder definitivamente a un sistema en el que se respete las características geográficas y el contexto social del lugar en el que se está construyendo. Les ponía el ejemplo de lo que me parecía casi un descaro, que arquitectos como Le Corbusier diseñaban edificios muy parecidos entre sí, sin importar si estaban en Francia, India, Suiza o en Latinoamérica (que son lugares donde sí construyó edificios).

Él tenía una idea para diseñar casas y le llamó “la máquina para habitar”, en la que estandarizó el diseño de la vivienda porque decía “todos somos humanos y necesitamos lo mismo”, pero parecía olvidar que una casa no es solo un refugio funcional, sino también un reflejo de las personas, del lugar y de las costumbres de quienes la habitan. Como si todas las personas fuéramos universales y encajáramos en un mismo y único molde.

En contraste, les compartía cuánto me inspiraba la arquitectura de Luis Barragán quien después de haber estudiado en el extranjero, regresó a México y reinterpretó lo aprendido para diseñar espacios profundamente enraizados con la cultura mexicana.



Me encantaba contarles cómo Barragán pensaba hasta en los detalles más cotidianos. Por ejemplo, cuando justificaba que las fachadas de sus casas debían combinar con las demás de la calle para no llamar la atención, ni romper con la estética del barrio, aunque no fuera muy bella, para también no convertirse en un foco de atención para los ladrones. Sus casas no se pensaban como objetos aislados, sino como parte de la calle y la colonia. Por eso las fachadas eran sobrias, casi anónimas, mientras que el interior explotaba en color y luz, con espacios específicos para el usuario.

Esa dualidad reflejaba el México urbano de la época: la necesidad de protegerse de afuera por la inseguridad y privacidad, pero abriéndose hacia adentro con naturaleza y espacios para actividades específicas del usuario. Ese gesto, que parece sencillo, revela una sensibilidad social que no se encuentra fácilmente en otros arquitectos.



Casa Gilardi, obra maestra del arquitecto mexicano Luis Barragán construida en la Ciudad de México entre 1975 y 1976. [1, 2, 3]

Cuando Barragán estudió en Europa admiraba mucho la arquitectura de Le Corbusier, pero creía que en vez de seguir sus pasos de diseño, él vería sus ideas independientes en cada proyecto. Sin embargo, hace poco me enteré de que Barragán construyó en Estados Unidos una casa muy similar a las que había realizado en México. Y ahí me surgió la pregunta: ¿hasta qué punto su arquitectura respondía realmente al contexto, y hasta qué punto seguía repitiendo un estilo personal?

Esa duda me recordó la *Tesis sobre la historia* de Walter Benjamin, quien afirma que “no hay documento de cultura que no sea, al mismo tiempo, un documento de barbarie”.²

Incluso las obras que admiramos y que parecen estar hechas para reflejar lo más noble de una sociedad, pueden ser solo un patrón que funcionó y se decidió replicar donde el contexto ya no correspondía.

Con Benjamin en mente, pienso que la arquitectura moderna nos deja entrever esas tensiones: mientras Le Corbusier proponía un modelo universal de vivienda que arrasaba con las particularidades locales, Barragán parecía rescatar la identidad mexicana, pero al mismo tiempo no estuvo exento de trasladar su estilo a un contexto diferente. Eso me hace reflexionar con mis alumnos sobre cómo toda obra o idea, por más sensible o brillante que parezca, siempre debe ser cuestionada en su relación con el tiempo, el lugar y las personas. La pregunta entonces no es solo qué tanto refleja una obra la identidad de un sitio, sino también qué tanto esa obra se convierte en testimonio de las luchas, tensiones y contradicciones de su propia época.

² Benjamin, W. (1940/2008). Sobre el concepto de historia. En *Tesis sobre la filosofía de la historia*. Ediciones Itaca.